

EL DIARIO MURCIANO

UNA PESETA AL MES.

PERIÓDICO PARA TODOS.

REDACCIÓN: BALSAS, I.

AL DIA

DE HUMANIDAD

En el teatro Circo de Parish de Madrid, en una de las presentaciones del emocionante espectáculo *Hooping the hoop*, ó sea el *paso del rizo*, la joven artista Miss Alix que dentro de un automóvil lo efectuaba, se desplomó con el vehículo en el momento más peligroso de su ascensión, hiriéndose tan gravemente que aún se ignora si salvará la vida.

Los aplausos del público que goza con éstas diversiones, han tenido una vez más que cambiarse en lágrimas. Miss Alix recogida del suelo con la cabeza ensangrentada, trasladada en una camilla al Hospital, seguida de numeroso gentío, evoca el recuerdo del torero herido que, en las angustias de la muerte escucha aún los aplausos del público de la plaza.

En el teatro se suspendió la función inmediatamente; la cultura de aquél público es distinta de la del otro que enardecido como las fieras á la vista de la sangre, sigue pidiendo nuevas víctimas para saciar sus brutales deseos de diversión.

Espectáculos emocionantes buscan las empresas para sacar al público de su retraimiento, contando, á más, con el núcleo numeroso que acude siempre en espera de la desgracia; y la dama caritativa, el filántropo, el melancólico, seres todos sensibles y débiles, ocupan sus asientos en el palco ó en las butacas, buscando en la emoción intensa de la peligrosa diversión, el solaz de sus almas apocadas que no comprenden la caridad más que en la rutinaria forma en que la ejercen, sin hacerse cargo que una de sus mayores obras sería separar de sus inminentes peligros á los desgraciados artistas que, como Miss Alix, exponen su vida huyendo de las terribles torturas del hambre ó de la deshonra.

Espectáculos como el *paso del rizo* no deben permitirse, y las autoridades que los consienten y los públicos que los aplau-

den, se hacen solidarios de un delito que bien pudiera definirse como de lesa humanidad.

CONVERSACIONES

TITULOS NOBILIARIOS

En estos días la concesión de títulos y grandezas por el Rey conferidas, ha motivado disgustos y juicios varios, dando origen con ello, á que el problema adquiera una importancia que en realidad no tiene. Podrán mostrarse airados los personajes que, creyéndose adornados de merecimientos relevantes, lo exiguo de la concesión no corresponda á sus títulos y á su nombre; pero las personas imparciales, neutras, que ven discutir estas cosas, el comentario que las mismas le sugiera, tiene que ser forzosamente de completa indiferencia.

En los albores del siglo XX, hablar de linajes, de escudos, de grandezas, de brillos de tal ó cual familia, títulos nobiliarios, resulta visible. Cuajaban en pasadas épocas los títulos que los monarcas concedían á señores y magnates por sus triunfos guerreros; podrían admitirse en los siglos XVII, XVIII, el que personas de alta alcurnia, por un hecho glorioso, por una hazaña significada recibieran títulos de nobleza; hoy, tales donaciones, sólo á nombre de recuerdos históricos pueden otorgarse.

Hay una nobleza elevadísima, colocada en lugar sobresaliente, dispuesta á rendirse á sus adoradores, cual es, la grandeza del trabajo de la ciencia, de la sabiduría, de los descubrimientos científicos, que han revolucionado la tierra en sentido de dignificar los espíritus y libertar las conciencias. No pelean hoy los pueblos por adquirir posesiones con el sólo afán de ser modernamente Romas victoriosas; luchan, ennegrecen su histosia con fuego y con sangre, para multiplicar su comercio, para difundir su industria, para ganar títulos de grandeza en el mapa civilizado, por medio de la razón, del saber, del progreso humano.

¿Qué representan familias descendentes de héroes y personajes de leyendas, sino un periodo de la historia humana, en el cual, la nobleza era el sostén más vigoroso de príncipes y emperadores? No se intenta quebrantar derechos con legitimidad adquiridos; á lo que se tiende es á conseguir que los títulos que enaltecen á las familias y á sus generaciones, lo sean por prácticas de virtud, por constancia en el trabajo, por motivos y razones distintas á las que se adacen ahora para dar títulos nobiliarios.

La literatura, el arte, la pintura, la política, la oratoria conceden do-

nes, patentes de grandeza, títulos de gloria á sus corifeos más nombrados. Tales mercedes se comprenden; pero hay quien justifique motivos bastantes para mostrarse conforme con la concesión especial de magnificencias absurdas á determinadas personas? Al capricho, á la mayor ó menor simpatía es á lo que se atiende para otorgar mercedes nobiliarias. Ello resulta grotesco: cesen pues, los privilegios actualmente imposibles de permanecer, y otórguense pergaminos y blasones al trabajo, á la honradez, al talento, á la caridad humana.

Y cuando reparamos en algunas concesiones hechas á descendientes de muertos conocidos, y á personas, cuyos actos estudiamos, la pluma se resiste á trazar los pensamientos de protesta ante lo insostenible de la medida; porque, hay hechos en la vida que siguen á los seres, hasta en la quietud de su tumba.

Cipriano Martínez Parra.

VICENTE MEDINA

De las «notas bibliográficas de Juventud, semanario catalanista que se publica en Barcelona, traducimos:

Nos ha sugerido estas consideraciones unos libros de Vicente Medina, escritos en castellano algunos, en murciano de la huerta los demás Medina, escribiendo en castellano, es un poeta admirable; pero al escribir en dialecto, resulta un poeta delicadísimo, fresco, emocional, de una sencillez que encanta, de un sentimiento de buena ley que sorprende. De los libros de Medina que hemos recibido «La sombra del hijo», 1899. «Aires murcianos», 1900; «La canción de la vida», 1902; y «La canción de la muerte», 1904, debemos diputar como el mejor (es una opinión nuestra) los «Aires Murcianos», libro de una poesía deliciosa, de admirable ternura.

No obstante tratarse de un libro publicado tiempo ha, no podemos resistir á la tentación de copiar un fragmento. He aquí «La canción triste»:

*D' aquel hombre extraño
que esta mañana se arremanció,
la gente en un corro
s' apiña al reor.
Paece que de tierras lejanas el probe
dista aquí llegó;
tié la barba blanca,
los ojos azules y durce la vos...
¡los ojos azules y hundios, que mirán
que d' compasión!
De toico lo c' habla*

*ni una palabrica siquía se entendió,
pero entornas los ojos y, triste,
canta una canción...
¡más tristel... ¡más tristel...
¡como nunca de triste se oyó!
Mienta cosas cantando que naide
por aquello q' ice sabe lo que son;
unas palabricas llenas d' amargura
y otras palabricas llenas de dulzor...
pero por el deho tan triste, ¡tan tristel
llega al corazón,
y es verdad que nenguno lo entiende,
pero lloran tós
Páece c' habla mentando su tierra
y quereres c' allí se dejó...
páece c' habla d' hijos y d' habla de nielo
y d' argo c' al cielo se llevará atos...
y se esjarra su pecho en quejios
ca ves que se guelve pa onde sale el sol
y se ve que se mojan sus ojos
y se siente que tiembla su voz.
Mocicos y viejos
sienten la canción
del tonico triste,
como nunca de triste se oyó
y es verdá que nenguno le entiende,
pero llorar tós!*

La composición anterior no es la mejor del libro; es la más corta y por eso la reproducimos. Por ella sola puede juzgarse á Vicente Medina y admirarlo.

¡CONFESIÓN!

Era una alegre mañana de Primavera.

No hacía mucho habian sonado las cinco.

Acababan de abrirse las puertas de la iglesia de Nuestro Padre Jesús, de Murcia.

En este lugar de recogimiento, en sí misterioso y tenebroso antro, no se alberga en aquellos instantes, más que un sér enflaquecido por la abstinencia y la oración, llamado el Padre Luis.

El que, extasiado, y orando delante de la severa imagen del *Cristo de la Caída*, no reparó en la aparición de una dama de gallardo porte y de continente aristocrático, que dirigiendo sus pisadas hácia el sitio donde en profunda meditación elevaba el sacerdote sus preces al *Allisimo*; interrumpióle con acento tímido, y le preguntó:

—El padre Luis, ¿tiene V. la bondad de decirme dónde podré hallarle?

—Estais hablando con él—dijo, con expresión suave y bondadosa.

—Yo soy la Condesa de...

—Os esperaba.

—No podeis negar que no he sido cumplida. En el centro de la Normandía, recibí vuestra inesperada misiva, y aquí me teneis en disposición para hacer manifestación de mis pecados, y contristada para ser abuelta de ellos.

—Es deber de conciencia—inte-